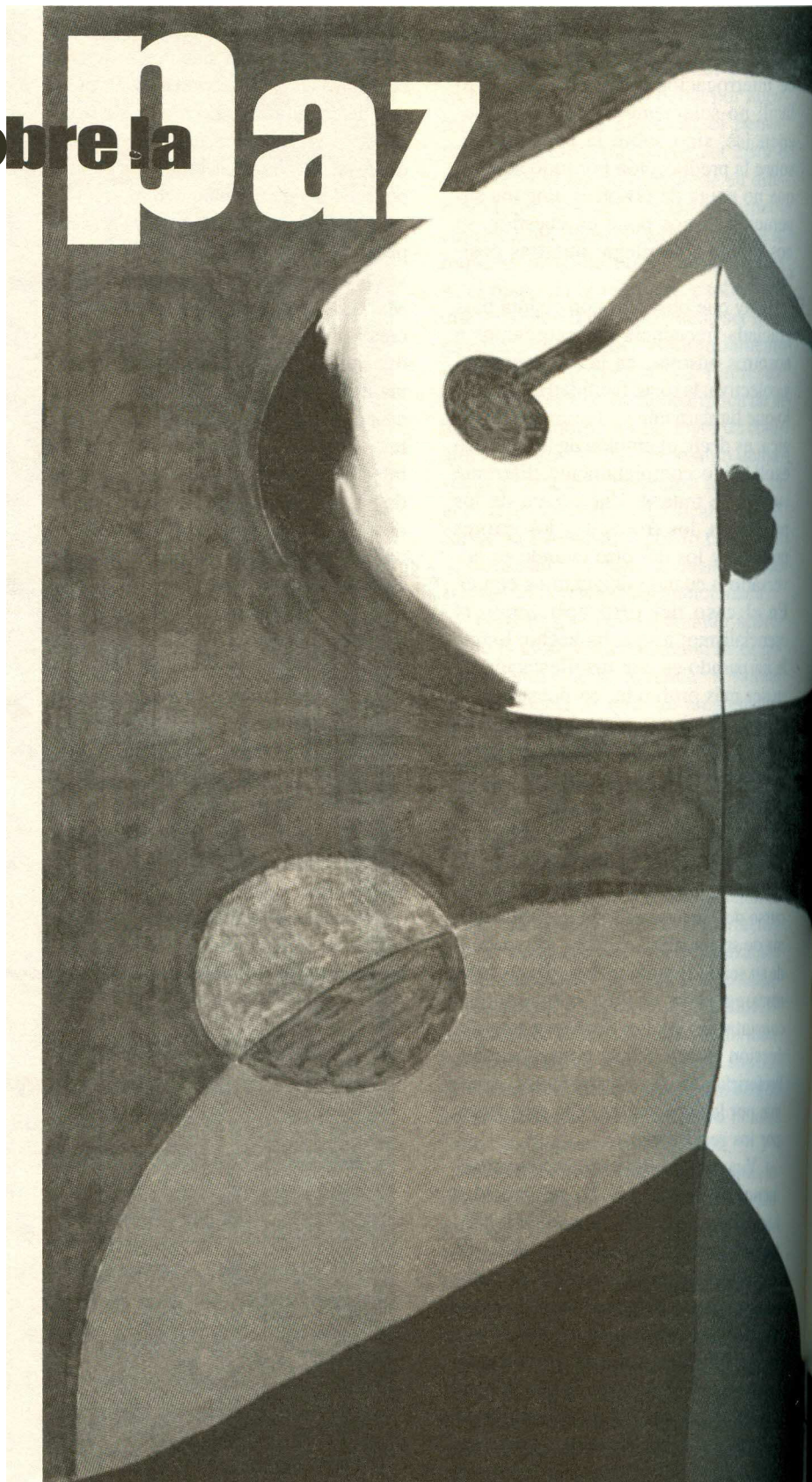


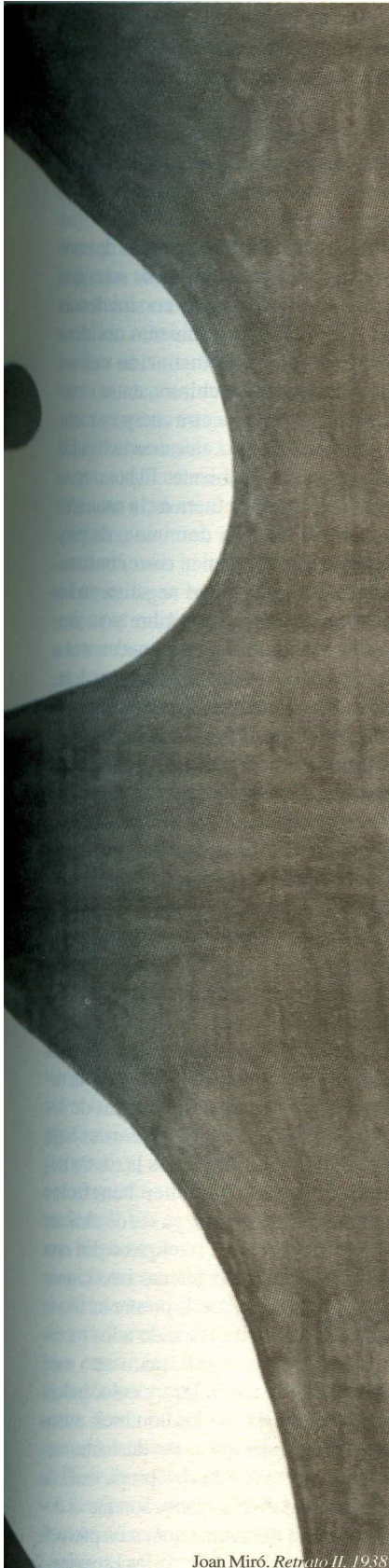
Breve apunte sobre la paz

Por: Adrián Restrepo

Las maneras de obtener la paz no necesariamente pasan por las vías de la civilidad, entendida ésta como la ausencia del uso de formas de violencia, pues, en oposición a ella, la pacificación ha sido y es un método histórico de resolver las situaciones de guerra por medio del aniquilamiento del enemigo. Por tanto, la paz puede ser el resultado de la desaparición de una de las partes de la confrontación.

Del uso, y en ocasiones del abuso, de la fuerza no siempre surge la paz porque, simplemente, lo que se puede lograr es la aparición de situaciones de opresión e iniquidad que contribuyen, nuevamente, a la configuración de la guerra; de ahí la necesidad de pensar alternativas para resolver la confrontación armada, diferentes del incremento de la fuerza o la llamada mano dura.





Joan Miró. *Retrato II*. 1938

Del uso, y en ocasiones del abuso, de la fuerza no siempre surge la paz porque, simplemente, lo que se puede lograr es la aparición de situaciones de opresión e iniquidad que contribuyen, nuevamente, a la configuración de la guerra; de ahí la necesidad de pensar alternativas para resolver la confrontación armada, diferentes del incremento de la fuerza o la llamada mano dura.

La senda que privilegia toda sociedad, con un prurito de civilidad, para dar salida a la guerra es el diálogo, pero éste no significa necesariamente el cese del fuego ni la desactivación de los problemas que causan la confrontación; el actual proceso de paz colombiano así lo evidencia.

Fuego y diálogo son dos elementos perfectamente compatibles en la guerra; sin embargo, entre los dos, a la población civil le corresponde la tarea de hacer necesario y preponderante el diálogo, pues éste es el medio favorable para que los inermes, expuestos a las acciones militares de las partes en disputa, mantengan, en primera instancia, su estatus de civiles que significa ganar el respeto por su opción de la no violencia ante los

armados y, en segunda instancia, persuadir a los actores en confrontación para que cesen las acciones bélicas e incorporen, de manera decidida, el diálogo como mecanismo para avanzar en la solución de las diferencias políticas.

Avanzar en el ejercicio del diálogo es abonar el terreno de la paz, y esto indudablemente es comprometer esfuerzos para que la cotidianidad de una sociedad sin guerra sea la democracia.

Pero, ¿Por qué la democracia tiene que ser la cotidianidad de una sociedad sin guerra? A continuación, y de manera concisa, se presentan dos motivos que contribuyen a responder este interrogante.

Primero, una paz sin

confrontación armada es compatible con una dictadura bien instaurada, donde la omnipresencia del terror paraliza toda acción que exprese la diferencia y, a la vez, crea otros mecanismos, no siempre civilizados, para dar salida a la inconformidad. Este planteamiento para el caso colombiano permite, lastimosamente, colegir que la guerra ha sido una de las maneras de expresar las diferencias en el país. Una sociedad democrática, en cambio, se caracteriza por resolver sus problemas y conflictos por medio de los argumentos, que no son otra cosa que la utilización de la razón y de su mecanismo más expedito, la palabra.

La relevancia otorgada al uso de la palabra está

dada porque la paz, en términos democráticos, reconoce y posibilita el debate, el conocimiento de las ideas y la manera en que los otros comprenden el mundo, es acción comunicativa que se contrapone a las situaciones de terror caracterizadas -aunque no exclusivamente- por el silencio obligado de quienes, teniendo que decir algo, han quedado sin palabra.

En segundo lugar, la cotidianidad de la democracia es favorable para la paz en cuanto consolida prácticas políticas y sociales entre los habitantes, de manera que los logros y los fracasos de una sociedad se vuelven el resultado de la coparticipación, con sus respectivos grados de responsabilidad, de electores, elegidos y

clases dirigentes. En la medida en que aumente la corresponsabilidad política y social de los habitantes sobre las decisiones que afectan sus vidas, aumentarán las posibilidades de una paz duradera.

La palabra y la corresponsabilidad implican abrirse a la verdad de lo que no se es, y es éste uno de los aportes más importantes para que una sociedad aprenda a convivir, ya que corresponde a cada uno de los actores que la conforman la tarea de empezar a construir sus certezas, las nuevas o distintas verdades donde el otro cuenta y es un igual en la condición que nos une: humanos.

Adrián Restrepo, miembro del grupo de trabajo en Asuntos de Paz y Convivencia.